

## NO LE ESPERABA NADIE <sup>2</sup>

A pesar de todo era un hombre poco corriente, pero normal. Cuando nadie aguardaba su regreso surgió y fue creciendo; como la solitaria encina que, apartada de otras, se mecía a los dulces embates del viento, distanciándose de la tierra hasta izarse recta en su corto y a la vez largo caminar.

Ya llegó, la soledad le esperaba y aún no sintiéndose solo creía que, aunque pocos, a alguien encontraría a su vuelta, pues la esperanza de sentirse arropado se apoderaba de él.

¿Fue tan grande su pecado, siendo éste tan solo a los ojos del mundo? No es sino la desigualdad en sus diversas facetas la que ocasiona estas desavenencias, que se agrandan en lo más profundo del alma; haciendo aflorar en él un torrente leve, pero continuo desaliento interior, que le inundaba de tristeza y alcanzaba los momentos más amargos e insensibles de su ser.

Era un hombre silencioso, pensativo. De mirada noble, aunque sus ojos vagaban sin rumbo determinado, de divisar siempre las mismas cosas, los mismos objetos, las mismas gentes con distintos atuendos, que van de acá para allá en un ir y venir absurdo por sus repeticiones monótonas y carentes de interés, donde solo imperan los chismorreos constantes:

— «¿Hace buen tiempo, verdad?».

— «Sí, muy bueno, este año parece que se está alargando el verano, no se ve una nube y para el mes en que estamos es propio el calor que hace».

Estas palabras se cruzaban sin interés alguno excepto cuando hacían su aparición las murmuraciones, que hieren como cuchilladas distantes que antes o después te alcanzan. Todas estas y muchas otras ocurren cuando el tiempo sobra y se fija la atención en los semejantes, haciendo mil cábalas generalmente erróneas y ficticias.

El se moldeó lentamente pasando por distintas etapas, tanto abundantes como aústeras. Observó a la gente desde el sitio más idóneo y aprendió la lección más completa y sabia de la vida. El conocimiento casi necesario y desde el lugar más apropiado, que él denomina asfalto.

Fue desechando o adquiriendo defectos y virtudes, logrando poco a poco atesorar la verdad de las cosas, la lógica, la verdadera vivencia que, aunque ingrata, te eleva de forma inusual. Y piensa, con toda la razón del mundo, que el tiempo, la distancia y el lugar en que se desenvuelven diferencias a los seres hasta parecer desconocidos; hablando idiomas distintos en este imprevisible mundo que se guía de manera errónea y alocada, en el cual sólo impera la ley del yo soy. En esa lucha tenaz, carente de amor al prójimo, que intenta alcanzar una forma de vida adecuada a sus preferencias, lo que es casi siempre limitado en casi todo por su desigualdad, pero no por ello menos hermosa.

La culpa, en gran parte, la tiene el querer vivir la existencia ajena, ya que esto fomenta la envidia y el odio. Pues observan ansiando lo importante sin posar la mirada en las profundidades, que sería más normal e inteligente. Cada día se aprende más, en estos avatares donde lo esencial es la felicidad, pues las penas vienen solas y en cambio las alegrías hay que buscarlas en los lugares más extraños e insospechados.

El procura mirar con los ojos del alma y sonreír con la sonrisa del corazón. Sigue su camino y obsequia de vez en cuando a los demás con un pequeño detalle en cualquiera de las formas que están a su alcance y que son algo restringidas por una parte pero abundantes interiormente por otras.

Hay que pensar que en la situación holgada es donde hay que demostrar la humildad, comprender a los que deambulan por esos caminos de forma menos privilegiada y tratarles con amor, que sientan el calor y la hermandad que tanto ansían, que tan pocas veces se da y que debiera suceder con más frecuencia. Por dar ejemplo él no envidia nada ni es nada, camina a corazón abierto y le complican porque a su boca asoma una sonrisa permanente.

No es necesario ser poderoso para gozar los momentos más dulces y profundos en los que el interior se inunda de paz y alegría. Esto es lo que ocasiona en la clase más elevada e importante una extrañeza que no logran entender, ya que consideran ilógico lo que estos atesoran de forma constante, sin querer reconocer que la felicidad se encuentra en la mente.

En lo más recóndito de nuestro ser, quizás en el alma, y puede ser un don que algunos posean a cambio de otras grandezas materiales. Es posible ser feliz en la escasez como desgraciado en la abundancia.

Camina por sus soledades donde no existen diversidad de colores ni hay referencias, donde el bullicio se convierte en silencio transformándose en el más bello jardín del universo.

Con todo, la vida es hermosa para el que la elige en su forma más pura. Un dulce sentimiento, una rosa, un pequeño paseo pensando sonriente en un dulce despertar. Pero la mayoría cierra sus ojos soñando el continuo ir y venir de sombras que encubren su propia identidad. Un trajín desenfrenado por la subsistencia sin medida, por la paz interior, por buscar ese amor que casi nunca llega y que acaso se posó un día y partió hastiado, raudo como el viento, en un compendio de ingratitud e incomprensión que ahuyenta y rompe la unión tan deseada.

¡Qué solo se encuentra a su vuelta! Si alguien le esperaba se cansó y marchó sin rumbo definido o se durmió profundamente donde el tiempo ya no cuenta. Por eso se acostumbró a esta batalla y aunque vivió lo más apartado que supo y pudo, vagó de un lado para otro, buscando ese mundo que crea la mente a su forma y semejanza; se encerró en su yo y vió como la gente hería a los demás de palabra o de obra, es más, incluso desnudando con miradas sucias y perversas, descubriéndose al mismo tiempo de una manera vil como si fueran enemigos encarnizados en un lucha sin cuartel por todo lo que abarca un extenso y sucio pensamiento.

Se duerme como tantas y tantas veces, soñando en su apacible soledad y se aísla de todo, donde la distancia despierta en el alma los recuerdos más íntimos; aunque a veces, qué duda cabe, vuelve a la realidad más cruda donde los seres figonean y le dedican su más hipócrita sonrisa para decirle, descarada y burlescamente: ¡Qué gusto me da verte!

Manuel MARTINEZ MUÑOZ

2.- Accesit del Concurso «Antonio Marín». Año 1990.